

//LA RAMA FEMENINA DE LA ORDEN CARTUJA EN LA EDAD MEDIA//

SUBMISSION DATE: 25/10/2015 // ACCEPTANCE DATE: 30/10/2015
PUBLICATION DATE : 21/12/2015 (pp. 117-120)

SERGI SANCHO FIBLA
UNIVERSITAT POMPEU FABRA
SPAIN
ssfibla@gmail.com

Les filles de saint Bruno au Moyen Âge.
Les moniales cartusiennes et l'exemple de la chartreuse de Prémol (XII^e-XV^e siècle)
Quentin Rochet
Presses Universitaires de Rennes (coll. Mnemosyne)
Rennes, 2013
188 pp.

La historia de la rama femenina de la orden cartuja necesitaba una obra que actualizara en el siglo XXI los escasos datos que nos dejaron las anteriores recopilaciones. Esto es lo que realiza sintéticamente Q. Rochet en *Les filles de Saint Bruno*, donde articula la historia de las monjas cartujas teniendo en cuenta las teorías sociológicas de género —*gender studies*— sobre la historia de las mujeres que durante estos últimos años han revolucionado las investigaciones en historia social.

Dentro de este auge de los estudios de género, las religiosas cartujas y su pasado han sido completamente relegados a un segundo o incluso tercer plano. De este modo, se hace patente un olvido análogo al sufrido por la rama masculina en la investigación histórica. En efecto, la orden cartuja ha sido sensiblemente menos estudiada que la cisterciense, franciscana o dominica, por citar sólo algunos ejemplos. Como bien explica en su introducción Rochet, fueron principalmente los mismos monjes los que aportaron las primeras investigaciones de rigor sobre la historia de la orden. Así, la *Analecta Cartusiana* —con J. Hogg y Dom Augustin Devaux al frente—, o anteriormente la obra de dos tomos de Albert Gruys (*Cartusiana; un outil heuristique*, 1976-1977) vinieron a continuar la labor de la crónica de Dom Charles le Couteulx del siglo XVIII o las ediciones del texto de Dom Maurice Laporte del XX. El estudio de Q. Rochet se inscribe en esa tradición pero desde fuera de la Chartreuse, enfocando el punto de fuga en la rama femenina y además teniendo en cuenta que el hecho de pertenecer a la orden no suspende el estatuto de mujer en la sociedad medieval. Es decir, considerando las recientes publicaciones académicas sobre el monaquismo femenino que conciben el actor social histórico de la mujer en todas sus dimensiones y con ello intentan alejarse de visiones restrictivas y/o juiciosas.

Rochet empieza intentando desmontar la asimilación de las monjas cartujas a las condiciones de sus homólogas cistercienses, de las que se conserva la idea, en parte fundada, de no haber sido bien acogidas dentro de su misma orden. El caso de las cartujas, no obstante, parece mucho más complejo. Su modelo monástico a mitad camino entre eremitismo y cenobitismo ha planteado muchos problemas a los historiadores a la hora de entender el lugar que ocupaban dentro de las comunidades y de la institución religiosa. Aunque precisamente por pertenecer a esa misma orden gocen de documentación relativamente abundante —es de sobra conocida la diligencia de los copistas y administradores cartujos—, la ausencia de testimonios directos, la información sesgada de los documentos y el hecho de que hayan sido realizados en su mayor parte por clérigos con evidente intención misógina complican el trabajo del investigador de esta comunidad.

Estos son los escollos que Rochet se propone franquear en su trabajo. Así, esta monografía empieza con una propuesta clara: en una primera parte se trata de proporcionar una cartografía que muestre la evolución histórica de la rama femenina de los cartujos, desde su aparición hasta el siglo XV. A partir de ello, la tesis se vertebrará sobre la posibilidad de comprender si esta rama estuvo plenamente integrada a la orden o se trata, por el contrario, de un fenómeno secundario y marginal. Además, la segunda parte, ocupando aproximadamente la mitad del estudio, ofrece un estudio pormenorizado de la Cartuja de Prémol como ejemplo paradigmático de una comunidad de la rama en cuestión. El autor justifica la elección por la riqueza de fuentes conservadas en los archivos departamentales de la región de Isère y por responder a una serie de características que lo vinculan a todos los otros conventos femeninos del “noyau cartusien”.

La primera parte ofrece pues una revisita actualizada a la historia de las cartujas, desde el contexto de su aparición: la reforma gregoriana y la emergencia de nuevos modelos monásticos de los siglos XII y XIII hasta su ocaso dos siglos más tarde. A través de esta evolución se explican elementos básicos para comprender a la orden en su conjunto: la liturgia, las *Consuetudines*, la estructura jerárquica, conceptos espirituales como la devoción, el desierto o la *scala claustralium*, entre otros. Son de especial interés los paralelismos que establece el autor con otras órdenes como los cistercienses, respecto al modo de vida cotidiano en su nivel más práctico —algunas veces a imagen de las *consuetudines* masculinas, y otras con especificidades notables—. Menos interesante para el lector no especializado será la clasificación de monasterios por regiones y zonas, con sus respectivas diócesis, conventos, características, autores, etc.; pero se trata de un aspecto realmente útil para el investigador, una información claramente detallada y estructurada —y con la presencia inestimable de mapas y gráficos— que ninguna publicación anterior había reunido de esta manera.

Las conclusiones que extrae el autor del nacimiento y vida de la rama femenina cartuja intentan dar respuesta a una cuestión esencial que se articula en dos soluciones posibles: por una parte, entenderlo como un epifenómeno de la orden, aparecido a partir de su propia iniciativa o bajo presión de laicos notables o de las mismas monjas —es decir, un fenómeno tolerado por la orden pero sin una integración real dentro del proyecto cartujo—. Por otra, ver más bien esta eclosión como una tentativa planificada de crear realmente una rama femenina de la familia cartuja. En algunos casos, como en los conventos presentes bajo el dominio de los Delfines, el autor señala que se hace patente una relación entre su fundación y una respuesta social a las aspiraciones de la nobleza. Esto es, sin prejuzgar la devoción de las monjas, se establece un pacto de doble entente que favorece por una parte a los religiosos, con el amparo de los Delfines, y por otra, ofrece una salida a las hijas de la nobleza, una estructura de acogida social. Así la influencia de la nobleza, con el apoyo claro a la orden, pudo quizás impulsar a otros señores a crear conventos de monjas, hipótesis que, sin embargo, no proporciona una explicación plausible para todos los casos.

Con todo, el autor pone énfasis en el hecho de que la fundación de los conventos no pueda responder a una voluntad de fomentar la expansión y dinamismo de la orden, puesto que las monjas parecen estar ausentes de estos períodos de entusiasmo y, además, parecen siempre estar encerradas en territorios donde ya existía un convento masculino. De este modo pues Rochet ilustra a la perfección de qué modo las monjas vienen a completar la red creada por sus hermanos cartujos.

Finalmente, cabe añadir un último aspecto de considerable interés. Se trata de la representación mutua de las ramas dentro del aparato logístico cartujo. El autor especifica en qué momentos la representación masculina —prioros, vicarios— estuvo presente dentro de los conventos femeninos y en cuáles no, una ausencia que se traduce en signo contrario con la representación inexistente de la rama femenina en los capítulos generales. Esta articulación entre las dos ramas empuja a pensar en una percepción de las comunidades femeninas, desde el seno de la Gran Cartuja, como dependientes de la orden más que como una nueva expresión del modelo cartujo plenamente integrado a sus instancias. Rochet aporta material preciado para ilustrar estas relaciones internas, un objeto de estudio que responde a la perfección a las problemáticas inicialmente planteadas.

